

## Sí, a su escuela...

Abelardo Carro Nava

Decía atinadamente Alberto Arnaut que el normalismo rural mexicano se lleva en la sangre y no se equivocaba.

Los primeros recuerdos que tengo sobre eso que años más tarde conocí como docencia datan de mi infancia. Mi padre, docente en una escuela primaria, todas las mañanas se alistaba para irse a su escuela, con sus muchachos, como él les llamaba. Cómo me encantaba verlo acomodarse la camisa, corbata y el saco del traje; era como un pequeño ritual que todas las mañanas realizaba frente a un pequeño espejo de un ropero cuyos estragos por el tiempo ya se notaban. Acto seguido, tomar su portafolio y despedirse de mi santa madre marcaba el inicio de su jornada.

Ahora que lo pienso, no sé por qué fueron pocas veces las que lo acompañé a alguna de sus escuelas, pero lo que sí sé es que me fascinaba observar la forma en que enseñaba algún tema con sus pequeñas y pequeños. Curiosamente, de presencia y semblante fuerte, su carácter sensible salía a brote cuando de cantar una pequeña canción se trataba: el 1 es un palito, el 2 es un patito, el 3 la viborita y el 4 es un sillón... Era un espectáculo sin igual.

Por esas cosas raras de la vida, de pequeño pensaba que trabajar con niñas y niños no era tan cansado como para que, en algún momento del día, alguien tuviera que tomarse un respiro. ¡Caray, si dar clases es lo más divertido! –una y otra vez en mi mente retumbaba–. Años más tarde entendí por qué algunos días mi padre no jugaba con nosotros después de su hora de salida o por qué, ocasionalmente, no tenía el tiempo suficiente para dialogar algunos temas que a nosotros nos interesaban. Las evaluaciones, los materiales, las planeaciones, entre tantas cosas más, siempre apremiaban. Desde luego, nunca hubo un reproche, al menos de mi parte.

Cómo olvidar esas reuniones familiares donde en la charla siempre aparecían temas de las escuelas, el comportamiento de las y los estudiantes, la interacción con los padres de familia, el manejo de los

libros de texto, las tareas y su falta de entrega, el conflicto con el supervisor o director del centro educativo, entre quién sabe cuántas cosas más fueron parte de mi vida y, hasta podría decir, que de mi formación como maestro.

¿En qué momento decidí ser docente? Con certeza puedo decir que nunca existió una fecha precisa; nací docente y con mucha seguridad moriré docente.

Es que la docencia se lleva en la sangre. Es un mundo donde la vorágine de acontecimientos o fenómenos no se detiene. Mil cosas ocurren en un instante y es, precisamente por esos instantes, que la docencia se lleva en el alma. ¿Cómo no maravillarte con el rostro de un niño cuando ha comprendido el ejercicio? ¿Cómo no enternecerte con esos detalles que sueles recibir a la mitad de tu jornada por parte de tus pequeñas y pequeños? ¿Cómo no preocuparte o hasta sufrir porque alguna de tus niñas o niños está atravesando por alguna situación difícil en casa? ¿Cómo no pensarte y repensarte para significar y resignificar tu docencia con la finalidad de que tus muchachos aprendan?

Voy a intentar averiguar si la docencia es una profesión a la que se elige e ingresa con vocación o sin vocación; lo que sí sé es que si alguien no ha sentido ese maravilloso golpe de eventos que enmarcan el aprendizaje y la formación de un ser humano, no debería dedicarse a ello.

Pasión, talento, capacidad, inteligencia, paciencia, tolerancia, diálogo, entre otras tantas cualidades, son indispensables; sin embargo, hay una que supera, pero que engloba a las demás: me refiero al amor. Sí, amor por lo que se hace, porque justamente la docencia es acción, es praxis que demanda algo más allá de conocimientos, porque, si bien es cierto que estos son fundamentales, también es cierto que se requiere de una entrega sin miramientos.

A lo largo de mi vida he tenido a las y los mejores maestros porque de todas y de todos aprendí un poco. Obviamente, hubo quienes me generaron valiosos aprendizajes y otros muy poco o nada; no obstante, con certeza podría decir que de ellas y ellos aprendí muchísimo. Creo que el principal aprendizaje que me pude llevar y que aún mantengo vivo en mi presente es que todas y todos fueron y son seres

humanos, con errores y virtudes, con éxitos y fracasos, con aciertos y desaciertos. En fin, con todo aquello que nos caracteriza como seres humanos.

¿En qué momento la docencia comenzó a deshumanizarse?, ¿en qué momento la calidad, las estadísticas, las evaluaciones o las calificaciones se antepusieron al propio proceso de enseñanza y de aprendizaje, pero, específicamente, al ser humano en formación?, ¿en qué momento el traje, la corbata y el portafolio se desvalorizaron y comenzaron a ser objeto de ofensas, denostaciones y vejaciones?, ¿por qué los cantos y juegos dejaron de ser un medio de aprendizaje donde el profesor o profesora, al unísono con sus pequeños, jugaban y aprendían hasta el cansancio?, ¿en qué momento el docente dejó de pensarse como docente?

Es cierto, añoro aquellos tiempos en los que ser maestra y maestro representaba un enorme respeto para la sociedad en su conjunto. Es cierto, también añoro el que tus niñas y niños corran a abrazarte a la puerta de la escuela. Es cierto, añoro esa docencia donde el alma, el sudor y la sangre se antepusieron a un estímulo económico que cada día precariza este maravilloso ejercicio.

Sí, es cierto, añoro ver a mi padre alistarse para irse a su escuela y no a su trabajo, como él le decía. Sí, a su escuela...

\*Maestría. Docente en la Escuela Normal "Profesora Leonarda Gómez Blanco". [lalitonan9@gmail.com](mailto:lalitonan9@gmail.com)

